anunciaba en ella que la lucha había concluído, y que al fin tomaba una resolución decisiva. Para el abate no pasó inadvertida aquella inopinada resurrección.

— Voy, voy, voy — dijo para sí;—voy á llevarle ese niño. Es un deber; ya no lo dudo. Cumpliré mi palabra, y seguiré mi destino. Yo necesito verle y presentarle á su hermano, hallado al fin y recogido por mí. Este es un aviso del cielo, que me da resuelta la cuestión. Sí... es un aviso del cielo. Iré; es preciso ir. Me asombro ahora de haber dudado un momento.

Después, sentándose de nuevo, dijo en voz alta :

— Don Lino, tengo que pedir á usted un favor.

— ¡Ah! algún encargo, ¿quiere usted que le traiga otra caja de pastillas de casa del Mahonés?

— No; no es eso.

— Disponga usted de mí por esta tarde, porque ahora tengo que ir á casa de las escofieteras de la calle de Milaneses para decirles, de parte de doña Robustiana, que no pongan á las papalinas cintas verdes, sino azules.

— No es para hoy; será para mañana. Quiero que me acompañe usted á una parte.

— Señora condesa — dijo el abate muy asustado. — Recuerde usted las circunstancias... Usted no podrá salir de aquí.

— ¡Que no puedo salir! — contestó Susana con un arranque de soberbia que asustó á Paniagua.

— Pero... quería decir... Si la familia lo sabe, ¿qué creerá de mí?

— Usted irá, irá conmigo — dijo Susana en un tono que no consentía réplica.

— ¿Es á alguna casa conocida?

— No es en Madrid.

— ¿Tenemos que ir fuera? Pero señora condesa, considere usted...

— Usted va conmigo; usted va conmigo sin remedio. No hay otra persona que pueda hacerme este inmenso favor. No será usted capaz de desairarme.

En efecto, Paniagua no era capaz de decir que no á nada, y después de mil súplicas encantadoras, después de mil coqueterías irresistibles, prometió á Susana acompañarla al punto que ésta tuviera por conveniente.

— Pues bien—dijo ésta;—mañana al anochecer aguárdeme usted en su casa, y esté preparado para un viaje. Tenga usted un coche preparado, cueste lo que cueste.

— ¿Y qué hago con ese chicuelo que me han enviado?

— Ha de ir con nosotros.



— ¡Ah! — dijo el abate asustándose otra vez. — Pero señora condesa, repare usted... la familia... el doctor...

Se entabló de nuevo la disputa; pero al fin cedió don Lino, impotente para negar lo que se le pedía de un modo tan apremiante. Convino en prepararlo todo y en aguardarla á la noche siguiente.

## CAPÍTULO XXVII

### Quemar las naves.

### I

Los individuos que habían de componer la Junta estaban reunidos y profundamente atentos al suceso ya próximo y cuyo éxito era un pavoroso enigma. No pasaban de doce, y ocupaban un gran salón mal amueblado en la planta baja de un caserón ruinoso. En sus semblantes, más se notaba tristeza de penitentes que entusiasmo de conspiradores. Parecía que la proximidad de los hechos había enfriado un tanto su primer acaloramiento, y que no estaban hechos aquellos caballeros de la madera con que se fabrican los revolucionarios. Había dos, sin embargo, que eran cada vez más ardientes y recogían todas las palabras de Martín con verdadera ansiedad, expresando en sus fisonomías las diversas impresiones que experimentaban al oirle.

Pálido, grave y con claras señales de haber padecido grandes insomnios, estaba Martín sentado en lo que parecía ser cabecera de la mesa oblonga colocada en el centro del cuarto.

— ¿Qué hora es? — preguntó.

— Las diez — contestó uno de los presentes.

— Dentro de dos horas estará cada uno en el sitio que le corresponde — dijo Muriel solemnemente. — ¿Hay alguno que se sienta débil para lo que exige tanta resolución? ¿Hay alguno que no se halle con fuerzas para poner su firma al pie del acta de la constitución de la Junta? Todavía es tiempo: faltan aún dos horas. Los cobardes tienen tiempo de arrepentirse. Si hay alguno que viendo de cerca el peligro quiere retirarse á su casa para llorar como mujer los males de la patria, en lugar de arrostrar la muerte para

castigarlos y hundir para siempre la tiranía, puede hacerlo. Dentro de un rato será tarde.

Todos escucharon estas palabras con profunda ansiedad.

—La Junta queda en este momento constituída, y el acta se va á firmar—continuó, sacando unos papeles, que extendió sobre la mesa.—Aquí está; es preciso firmar esta acta, que dice: «Hoy, 16 de mayo, los firmantes, declaramos constituída la Junta revolucionaria de Toledo, y decretamos: 1.º Manuel Godoy, llamado Príncipe de la Paz, es condenado á muerte. 2.º La familia de Borbón ha dejado de reinar en España. 3.º No hay más soberanía que la de la Nación. 4.º Esta Junta ejerce el poder supremo ejecutivo, que sólo resignará en las Cortes del reino, convocadas al efecto». Ahora firmad todos. Ya he firmado yo el primero.

Los dos que estaban sentados junto á Martín extendieron su nombre al momento; los demás se consultaron con las miradas, y aun en alguno se notó la señal de un gran sobresalto. Uno se levantó de pronto, y dijo: «Yo no firmo eso». Pero los demás no tuvieron valor para negarse ante los modales y la voz autoritaria de Muriel, y firmaron. Inmediatamente éste sacó otro papel, que dijo ser una copia exacta del primero, y lo extendió también sobre la mesa, diciendo: «Ahora firmenme ustedes esta otra copia».

Los conspiradores firmaron todos, excepto aquel que desde un principio se había negado, y habiendo recogido Martín aquel segundo documento, lo dobló, sellándolo, y escribiendo con gruesos caracteres el sobre.

—¿Pero á quién dirige usted la copia del acta?—preguntó uno mirando por encima del hombro del joven.

—Véalo usted—contestó éste; á su Alteza Serenísima el señor Príncipe de la Paz.

—¡Oh! ¿qué hace usted?... ¡Está loco sin duda! —exclamaron algunos de aquellos hombres, poseídos repentinamente de una gran turbación.

—¡Enviarlo al Príncipe de la Paz... y con nuestra firma!

—Explique usted qué quiere decir esto.

—Esto se llama quemar las naves—contestó Muriel con voz imperturbable.—Los que han firmado este documento tienen contraído un compromiso solemne, y por si alguno quisiere volver el pie atrás en el momento supremo, yo le quito de esta manera toda esperanza de salir impune. Envío el acta á Godoy para que todos los que la han firmado se convenzan de que no hay más remedio que vencer ó morir. Si esto sale mal, no queda el recurso de negar toda participación en la empresa frustrada. Si no vencemos, á todos nos espera el cadalso. Mañana sabrá Godoy nuestros nombres, pero ya será tarde. Para estos golpes de terrible audacia no basta el valor, es necesaria la desesperación, y ésta, que hoy podré llamar fecunda virtud, la infundo á todos, asegurándoles que no podrán contar con la existencia si no vencemos. No hay remedio; es preciso vencer ó morir. El que prefiera el vil cadalso á la honrosa muerte de una batalla, que se retire: aun es tiempo.



Estas palabras fueron pronunciadas en medio de un silencio sepulcral, en que no se sentía ni la respiración de aquellos hombres, cuya vida había sido puesta entre el terrible dilema de una lucha desesperada ó de un patíbulo afrentoso. El efecto producido por el atrevido proyecto del revolucionario fué distinto: en unos avivó el entusiasmo; en otros produjo una especie de terror pánico, mezclado de abatimiento. Aun hubo una mano que acarició á escondidas el pomo de un puñal; pero la persona, el carácter del jefe eran cada vez más imponentes, y la intención homicida murió en flor, sofocada por cierto estupor supersticioso que experimentaba su autor.

Martín se levantó, y dijo:

—No necesito añadir una palabra más. Dentro de dos horas cada uno sabe lo que tiene que hacer.

Entre los entusiastas había dos, como hemos dicho, que eran íntimamente adictos á Martín. El uno era un joven abogado de aquella ciudad, apasionado, ardiente, dotado de los mismos pensamientos revolucionarios que Muriel, aunque de carácter menos firme y sin poseer la voluntad reflexiva que daba tanto ascendiente á las determinaciones de aquél. El otro era un clérigo levantisco, natural de Sevilla, y que profesaba las ideas más exageradas en materia de política y religión. Ambos reconocieron en su nuevo amigo las cualidades sobresalientes que exigía aquel empeño en que estaban metidos; y esclavos de la superioridad se sometieron á cuanto él disponía, identificándose con su iniciativa. El abogado se llamaba Brunet, y el clérigo, aunque con las licencias retiradas y alejado de los altares, conservaba el nombre de *el padre Vélez*. De los demás no haremos mención sino en conjunto, porque sólo así pueden figurar en esta narración.

Cuatro eran los que se mostraban más recelosos y pensativos, y uno de ellos, el mismo á quien vimos acariciando el mango de un oculto puñal, fué quien poco antes se había negado resueltamente á firmar el acta.

Este hombre salió del cuarto y de la casa, y apenas había andado veinte pasos por la calle, le salió al encuentro otro hombre, envuelto en una ancha capa negra, y que se

paseaba por aquellos lugares, como esperando la salida de alguno.

—¡Ah, Sr. D. Juan—dijo el que venía á la Junta.—A su casa iba yo.

—¿Qué hay? ¿Cómo va esa Junta?

—Señor, ese loco nos va á perder. Figúrese usted que les ha hecho firmar un acta en que la Junta se compromete á destituir la familia de Borbón y convocar unas Cortes, proclamando la soberanía de la Nación. Sospecho que ese diablo lo va á echar todo á perder.

—¡Dejarle, dejarle!—contestó el que respondía al nombre de D. Juan.—Yo soy de la opinión de Rotondo, que me decía en su carta de ayer: «Nada importa que en el primer movimiento unos cuantos locos proclamen mil atrocidades. Lo que importa es que haya tal movimiento. Mientras más espantosa sea la sacudida, mejor». Yo opino lo mismo, señor brigadier Deza; y la verdad es que Muriel tiene verdadero genio revolucionario. Ya usted ve cómo ha organizado en cuatro días una fuerza formidable. Es un mozo de cuenta, y creo que no nos dejará en el atolladero.

—Pues yo veo la cosa mal—contestó el brigadier.—Reconozco sus cualidades, pero le tengo miedo. Lo cierto es que muchos de los que constituyen la Junta han aceptado su programa, que es atroz. Si nuestros enemigos se aprovechan á tiempo del terrible efecto que va á causar en la Corte el programa de la Junta, estamos perdidos.

—Déjeles usted obrar; que hagan lo que quieran. Lo que importa es que caiga Godoy, y eso ya lo podemos considerar como seguro. Ya ve usted cómo estaba el pueblo esta tarde en los barrios de Albadanaque y San Lucas con la carencia fingida del pan.

—Todo está muy bien preparado, y yo soy el primero que hace honor á lo que Muriel ha dispuesto; pero presumo que nos va á perder. A fe que he tenido intenciones de quitarle de en medio. Sepa usted que obligó á todos á firmar una copia del acta para enviarla á Godoy. Dice que esto se llama quemar las naves para conseguir que no haya desertores en la Junta.

—¡Sublime idea ha tenido! — exclamó D. Juan. — Deje usted; mientras mayor sea el entusiasmo...

Los dos personajes continuaron su diálogo, cada vez más animado, y se perdieron por las callejuelas que rodean á la catedral.



## II

En tanto Martín y los demás continuaban reunidos.

—Desde este momento — dijo el primero — queda constituída aquí la Comisión permanente de la Junta, que preside Vélez, por delegación mía. Esta Comisión está en relación conmigo toda la noche, y resolverá con su criterio cuanto ocurra, en caso de que no haya una orden mía en contrario.

—La Comisión permanente—dijo el padre Vélez sentándose en el asiento de preferencia—sostendrá tus acuerdos, y garantiza su ejecución con la vida de todos los que aquí quedamos.

Martín salió y despachó al momento un correo de toda su confianza que llevara á Madrid el acta firmada por todos los individuos de la Junta. Estos, por lo tanto, no tenían escapatoría. La causa de haber dado Martín este arriesgado paso era que alguno de aquellos personajes, á pesar de ser todos muy vehementes al principio, le inspiraban cierta desconfianza los últimos días.

A las doce en punto, doscientos hombres encerrados en las habitaciones medio ruinosas de la Judería se amotinarían, apoderándose de todas las callejas y recodos de aquel antiguo y solitario barrio. Estos hombres eran escogidos, de probado valor, y en todos ellos, tratándoles separadamente y por grupos, había infundido Martín una decisión que parecía inquebrantable. Mas eran una fuerza brutal y ciega, que ignoraba la idea, de la cual recibía tan vigoroso impulso. El rencor hacia un hombre, á quien juzgaban causa de todos los males, era el único sentimiento que les movía; pero aun así aquella fuerza era de inmensa utilidad. El resto del pueblo que habitaba en Toledo, ó era indiferente, ó estaba dispuesto á secundar el movimiento. Los nobles y el clero eran también revolucionarios; pero sólo algunos estaban enterados de lo que se preparaba. Todo era favorable; sólo la mala fe ó la discordia entre los conspiradores podía frustrar el golpe.

Lo primero que debían hacer los amotinados era apoderarse á viva fuerza del corregidor y del coronel que mandaba la escasa guarnición de la ciudad; esto parecía muy fácil, porque el brigadier Deza, que era de la Junta, podía entregar á los soldados, aunque no tenía mando activo. El clero, y principalmente los inquisidores, aunque estaban también en autos, no tenían participación directa, y espe-

raban confiados en las hazañas de aquel hombre, enviado de Madrid por Rotondo, y en quien suponían con razón cualidades no comunes. Todos velaban, llena el alma de zozobra, aguardando noticias de la Judería; sólo descansaba sin ningún género de cuidado ni sospecha el corregidor de la ciudad, D. Ildefonso Carrillo de Albornoz, del cual también se susurraba que no era muy afecto á Godoy. Los elementos para el primer impulso eran considerables; después se contaba con el concurso de España entera.

Martín, al salir de la Junta, fué á su casa á reposar un momento para dirigirse á las doce á la Judería.

Habitaba en una casa lóbrega y escondida de la calle de la Chapinería, y sólo le acompañaba Alifonso, porque don Frutos había sido encargado de cierta comisión que se sabrá después. Aquella noche, sintiéndose el joven con necesidad de tomar alimento, fué á la posada, y con gran sorpresa, encontró en ella á fray Jerónimo de Matamala.

—Querido Martín, Martincillo — exclamó éste abrazándole. — He venido sólo por verte. ¿Qué tal? Muy ocupado. Sabes que esto que aquí pasa no me parece del todo bien; sí, te diré... he venido sólo á eso. ¡Pobre muchacho! Tú estás loco; ¿conoces bien la gravedad de lo que vas á hacer? Corchón me ha mandado á toda prisa; está escandalizado y furioso. Aquí he sabido que estás haciendo atrocidades, y te auguro mal fin. Hay muchas personas que están irritadas contra ti, sobre todo ciertos individuos del clero.

— ¿Qué me importa?—contestó Martín.—Ya no es posible volver atrás; es igual que estén contentos ó no. Yo me río de sus escrúpulos. ¡Gente apocada y egoísta! ¿Qué saben ellos lo que es valor? Querían que trabajáramos por ellos, por cimentar su poder, por aumentar su influjo. Vaya usted y diga á esos farsantes que ya no hay esperanza. El alcázar de la corrupción y de la barbarie está minado; no falta más que aplicar la mecha.

— ¡Infeliz! — dijo Matamala llevándose las manos á la cabeza. — Siempre lo mismo; siempre blasfemo. Mal haya quien te dió parte en este negocio. Bien decía Corchón que tú nos ibas á perder... Pero hombre, considera... Ten prudencia...

—¡Prudencia yo!... Esta no es noche de prudencia.

—Corchón está hecho un veneno contra ti.

—Mucho me importará lo que piensa ese pedantón...

—Y Rotondo... También está disgustado, lo sé.

—Ningún malvado puede estar contento con lo que pasa. Se acerca el último día de los hipócritas, de los corrompidos y de los infames.



—¡Oh, santo Dios y el seráfico Patriarca!... pero qué loco está este hombre... Aquí, la gente de aquí, la gente gorda está también disgustada. Quién sabe lo que á estas horas estarán tramando contra ti. No seas loco; ve, preséntate á ellos y diles que estás arrepentido de todas tus faltas y que harás lo que ellos te manden.

— Déjeme usted en paz, padre; yo no tengo que dar cuentas á nadie — dijo Martín amostazado. — Usted es un pobre hombre que no sabe lo que dice. Esto no se ha hecho para los frailes ambiciosos, ni para los clérigos intrigantes.

— ¡Ah! también á mí me insultas... Bien: haz lo que quieras; no te aconsejo más. Me callo.

—Sr. D. Martín -dijo Alifonso, al ver que había terminado la disputa. — Esta tarde ha llegado á la posada una señora y ha preguntado por usted.

—¿Una señora? ¿Viene sola?

—Con un caballero flaco y pequeñín que iba mucho á casa, cuando el Sr. D. Leonardo, pues...

—¿Dónde está? Al instante quiero verla.

— Es la de Cerezuelo — dijo fray Jerónimo al oído de Martín.—La he visto al entrar.

Fué Martín inmediatamente al cuarto donde le dijeron que estaba Susana. Dió un ligero golpe en la puerta, y al momento sintió el crujir de un vestido de seda rozando precipitadamente por el suelo. Sonó el cerrojo, y antes de que la puerta se abriera, hasta le pareció que un perfume sutil anunciaba la presencia de la gran dama. En efecto, era ella. Cubierta de palidez, conmovida y turbada, Susana se ofreció á los ojos de Martín, y después de indicarle que entrara, cerró de nuevo la puerta. El joven se acercó á ella, y besándole ambas manos con cierta efusión de galán enamorado, que Susana hasta entonces no conocía, le dijo:

— ¡Ah! Bien ha cumplido usted su palabra. Ya lo esperaba yo.

—Sí; mucho he dudado -contestó Susana con emoción; — pero al fin...

—¿Y duda usted todavía?

Susana se pasó la mano por la frente, y dijo con profunda melancolía:

—No lo sé.

—Terrible es la prueba; pero por lo que me dijo usted aquella noche, creo que todo cuanto usted oponga á esta inclinación es oponerse á su destino.

—Después que no nos vemos me han pasado cosas terribles... Pero ahora no puedo referir... Estoy sin fuerzas; he pensado tanto estos días, que me duele el pensamiento.

Yo creo que me he envejecido. ¡Cuánto he variado, Dios mío, en unas cuantas semanas: yo misma no me conozco! La persona que ha tenido bastante fuerza de atracción para hacerme venir aquí, para hacerme menospreciar todo lo que se queda allí, desoír la voz de cuantos en esta vida y en la otra se oponen á mi amor, debe estar orgullosa. Si Jesucristo bajado del cielo me hubiera dicho por su propia boca que yo iba á hacer esto que hago, me habría reído de El.

— Es verdad — dijo Martín con alguna emoción. — Al verla á usted en este sitio, me parece que he alcanzado la mitad de la victoria. Ya tengo la victoria moral, no me falta más que la de la fuerza. Usted bajando hasta mí parece que viene á sancionar mis ideas. Es la Providencia, señora, quien le ha enseñado á usted este camino. Si me parece que aquella clase que tanto odié conoce sus agravios y baja á pedirme perdón, no á mí, que nada valgo, sino á los míos, á los de mi clase, al santo pueblo, ansioso de ser amado después de tantos siglos de humillación. Ya comprendo que el odio no resuelve ninguna cuestión, ni cura ninguna herida, ni dulcifica ninguna pena. Los hombres no han de ser iguales destruyéndose, no; no ha de haber nunca igualdad en el mundo sino por el amor.

Susana se había sentado y parecía abrumada de nuevo por sus meditaciones; pero al oír las últimas palabras de Martín, se serenó su rostro, brillando en él aquella sonrisa apacible y melancólica que produce toda idea de felicidad al pasar con rapidez por la mente cargada de malos recuerdos y de crueles dudas.

— ¡Cómo me he transformado! — dijo; — me acuerdo de mí misma en los tiempos anteriores á nuestro trato, como se recuerda á una persona á quien hemos conocido. Me asombro de que yo no hubiera sido siempre así.

— Aquel orgullo...

— Subsiste para todos, menos para uno solo, el único destinado á vencerlo. Usted se asombrará cuando le cuente el sinnúmero de pensamientos, de recuerdos, de terrores, de aprensiones que ha tenido que vencer para traerme aquí. Pero no puedo explicar ahora todo... ¡tengo tanto que contar!... Estaría un día entero refiriendo lo que me ha pasado y lo que he sentido.

—Oiré esa historia que puedo considerar como parte de la mía. Es tarde, tengo que salir. Volveré.

—Antes de que usted se vaya tengo que mostrarle un regalo que le he traído.

—¡Un regalo!



—De gran precio: una joya perdida hace tiempo y que alguien ha tenido la suerte de encontrar.

Susana se acercó á uno de los dos lechos que en el cuarto había y descubrió á Pablillo que dormía como un ángel.

— ¡Pablo! mi hermano — dijo Martín con delirio, abrazando y besando al desgraciado niño.

—No le despierte usted—añadió Susana.—Por el camino me ha contado sus aventuras. Está prendado de mí y no ha querido dormirse sin la promesa de que no me separaría de su lado. Vea usted; le ha cogido el sueño abrazado con mi manto y no lo soltará hasta que despierte.

En efecto, Pablillo tenía fuertemente apretado entre sus brazos el manto de Susana, como podría tener un galán á su bella desposada en los primeros sueños del matrimonio. Muriel contemplaba con verdadera emoción á su hermano, cuando sonaron fuertes golpes en la puerta.

— Muriel, Muriel, ya es hora — dijo la voz de Brunet desde fuera.

— No me puedo detener un momento; adiós.

— Adiós. No pregunto adónde va usted. ¿Puedo estar tranquila?

— No; porque si mañana no soy lo que debo ser, y lo que me he prometido ser, puede decirse que he muerto. ¿Tiene usted miedo?

— No—contestó Susana con enérgica decisión y arrojándose en los brazos del joven.

— Esperemos. Si no venzo esta noche, es señal de que no hay Dios.

— ¡Quién sabe! Adiós.

Martín salió del cuarto y la dama no se separó de la puerta hasta que le vió desaparecer.

## CAPÍTULO XXVIII

### La traición.

I

Los dos hombres se dirigieron á buen paso á la calle del Hombre de Palo, donde estaba la Junta; pero cuando ya se acercaban á la casa vieron salir de ella dos hombres que

corrían con precipitación, y al punto reconocieron á dos individuos de la Comisión permanente.

— Martín, Martín—gritaron al verle.—¡Traición! ¡Traición! Nos han vendido.

— ¿Qué hay? ¿Qué es esto?

— Ese infame Deza. . ya lo sospechaba... Vélez ha sido asesinado; Aranzana y Bozmediano quedan mal heridos...

— ¿Pero cómo ha sido?...

— La cosa más inicua. De improviso entró Deza en el salón acompañado de diez ó doce soldados y nos intimó que nos rindiéramos en nombre del príncipe Fernando, cuya causa decía representar él solo. Vélez, increpándole por su deslealtad, quiso echarse sobre él y al instante fué atravesado con un estoque. Nos hemos defendido como fieras; hemos matado tres; pero el infame ha salido con los demás. Creemos que va á la Judería. Corramos... no hay que perder un instante.

— Calma, calma — dijo Martín. — Vamos á la Judería; pero procuremos llegar allá serenos y con juicio.

Bajaron en efecto, y antes de llegar observaron el resplandor de algunas antorchas y distinguieron rumor de voces. Por el camino encontraban multitud de personas que iban y venían demostrando alarma y á alguno de los fugaces transeuntes oyeron decir: «Aseguran que es un bandido que quiere asesinar á todo el clero de la santa Iglesia y robar todas las alhajas».

## II

Antes de seguir adelante conviene hacer mención de algo que pasó en elevados círculos de la ciudad toledana. D. Juan de Escoiquiz no había podido convencer á sus colegas en conspiración que no importaba gran cosa el giro que quería dar al movimiento su principal impulsor. Desde la mañana de aquel día muchos señores capitulares, regulares y parroquiales se habían mostrado algo fríos en el entusiasmo que desde el principio les causaron las noticias de los acertados trabajos de organización que había llevado á cabo Martín. La mayor parte esperaban con ansia; pero algunos comprendían la tormenta que se les venía encima, y formaron propósito de evitarla. El brigadier Deza, que desempeñaba el papel correspondiente á la envidia de todos los asuntos de aquella índole, atizaba con sorda actividad esta insubordinación.



Llegada la noche, ya D. Juan Escoiquiz no pudo contener aquella tendencia díscola, nacida precisamente en lo que podría llamarse la aristocracia de la conspiración; y en los momentos en que se celebraba la junta de que hemos dado cuenta, zumbaba la tormenta contrarrevolucionaria en la habitación de un señor capellán de Reyes Nuevos, que había convocado para tratar de aquel grave asunto á varios dominicos, mínimos y agustinos de los muchos que hormigueaban en aquella ciudad plagada de conventos.

— Estamos perdidos—decía uno.

— Nos van á asesinar como si fuéramos perros herejes—clamaba otro.

— ¡Con qué gente nos hemos metido!

— Es preciso defenderse.

En efecto, algunos de aquellos señores, los unos disfrazados de seglares, los otros con sus hábitos, se desparramaron por la ciudad con ánimo de prevenir á los hombres del pueblo que les eran adictos, y que pertenecían á la formidable infantería de los doscientos.

— ¡Qué timidez, santo Dios! — decía Escoiquiz al volver de su excursión al local de la Junta. — Déjenles que hagan lo que quieran. Caiga el *Guardia*, y después allá veremos.

— Sí; pero que no caigamos nosotros con él—indicó con ira el padre definidor del Santo Oficio. — Vea usted lo que me dice hoy mismo el ilustre Corchón. Dice que ese hombre nos va á perder sin remedio; que es un francmasón, un hereje, un blasfemo y feroz.

— Tiemblo, en verdad, por la vida de tanto pobre fraile inocente —exclamó con compungida voz el padre provincial de franciscanos, que era un viejecillo hipócrita y zalamero.

— Esta disensión de último hora — gritó D. Juan con energía,—nos ha de perder. ¡Y todo que estaba preparado á pedir de boca! Señores, por todos los santos, dejad hacer; no impidáis el movimiento de esta noche. Ya han partido los correos á las provincias. Si esta noche no hacemos nada, renunciemos á echar por tierra al de la Paz. Los momentos son decisivos.

— Lo haremos, sí; pero quitando antes de en medio á ese endiablado Muriel.

— Eso de ninguna manera. El lo ha organizado todo; él sólo puede hacerlo. Reconozcamos que somos todos unos cobardes, incapaces de exponer la vida.

— Ahora se trata de salvarla.

— Es preciso que muera ese bandido.

— Mañana, mañana.

— No; esta noche, ahora mismo.

La disensión iba en aumento, y aunque los más se inclinaban aún del lado de Martín y de Escoiquiz, el ardor de la parte levantisca, que se creía comprometida y en gran peligro á causa de las nuevas tendencias del movimiento, podía inutilizar en un instante los trabajos de tantos años y perder aquella admirable ocasión que rara vez se volvería á presentar.

## III

Muriel, Brunet y los otros individuos de la Junta entraron en una de las calles de la Judería y tropezaron con un grupo á quien arengaba el brigadier Deza, al parecer con poco éxito. Los hombres del pueblo que le oían se dirigieron á Martín, como si le hubieran estado esperando, y éste, en tal instante, creyó que la fortuna, por breve tiempo eclipsada, venía de nuevo á favorecerle. El tenía una confianza sin límites en el éxito de aquella atrevida empresa.

El brigadier se alejó al verle; pero corriendo Martín y algunos más en su seguimiento, pudieron atraparle al volver una esquina.

—¡Traidor!—dijo Muriel asiéndole fuertemente por un brazo, mientras Brunet le desarmaba;—tus instantes están contados.

—¿Qué hacemos con él?—preguntó uno de aquellos hombres.

—En uso de la autoridad que me ha concedido la Junta, le condeno á muerte.

—¡Tú!... ¿Quién eres tú, bandido infame, para condenarme?—gritó Deza echando espumarajos de rabia.

—Yo soy el que castiga—replicó Martín con dignidad.—Brunet, ejecuta esta sentencia.

Al decir esto se alejó. A los pocos pasos un fuerte arcabuzazo anunció el fin del brigadier, y los que habían quedado detrás se reunieron á Martín.

—En momentos supremos, la muerte parece poca pena para la traición—dijo Muriel sombriamente, internándose más en la Judería.

En seguida encontraron nuevos grupos que se unían todos con muestras de adhesión muy viva.

—Estamos vendidos—decía una parte de la gente;—se han ido con los frailes.

En efecto, al llegar frente á la iglesia del Tránsito, de un grupo muy compacto salieron voces que decían: «Muera ese bandido».



—¡Oh, qué infierno!—exclamó Martín.—Vamos á emplear nuestra fuerza en someter á esos viles.

—Esta división nos mata—dijo Brunet.

—¡Estamos perdidos!—añadió Muriel;—pero adelante. Todo el que no quiera combatir conmigo por la libertad, que se vaya con esa canalla.

—No; contigo, contigo—clamaron muchas voces; y en aquel mismo momento avanzaron todos.

Los otros retrocedieron, perdiéndose en el laberinto de aquellas calles hechas para la defensa. Si el lector no ha paseado alguna vez por las revueltas, estrechas y empinadas vías de comunicación de la ciudad imperial, no comprenderá cuán á propósito es para una revolución, por ofrecer inmensas ventajas estratégicas de defensa, y tener pésimas condiciones para el ataque. Martín, que había estudiado bien este punto, rugió de ira al conocer que en vez de ser dueño de aquella intrincada red de callejones, recodos y pasadizos, iba á encontrar un enemigo detrás de cada esquina. Estaba haciendo el papel de gobierno constituído que se defiende, en vez de hacer el de pueblo armado que destruye. No se acobardó, sin embargo, de esto, y siguió adelante; pero con gran asombro suyo vió que sus enemigos abandonaban la Judería y subían por los Alamillos hacia Santo Tomé, y después por la cuesta de la Trinidad hacia el centro del pueblo.

—¡Vamos tras ellos!—dijo Brunet.

Martín echó una ojeada sobre la gente que le seguía, y rápidamente quiso formar idea de su número. Creyó que no pasaban de ciento.

—Sigámosles. Cada instante que pasa perdemos mucho terreno; cada vez serán ellos más fuertes. Persigámosles sin descanso, pero sin atropellarnos. No nos fatiguemos, y marchemos con orden.

Entretanto los otros subían y rodeaban la Catedral, gritando: «¡Van á robar la santa iglesia; van á llevarse á la Virgen del Sagrario; van á degollar á los frailes y al santo clero! ¡Mueran esos bandoleros!»

Estos gritos, proferidos por dos ó tres frailes, que azuzaban á la multitud, mezclados con ella, reunieron junto á las venerables paredes de la gran Catedral á una inmensa muchedumbre, fácilmente impresionada con la idea del supuesto ataque á los vasos sagrados y á los benditos administradores del culto. Esos pueblos históricos, que se envanecen con títulos antiguos y nombres sonoros, no aman cosa alguna con tanta vehemencia como su Catedral. La soberbia construcción secular, donde tantas generaciones

han puesto la mano para embellecerla, sintetiza y encierra todo lo que aquel pueblo ha sentido y todo lo que ha sabido. Allí reposan sus héroes; allí yacen sus antiguos reyes durmiendo tranquilos el sueño de la historia; allí se ha celebrado un mismo culto por espacio de muchos siglos, y en aquella santa custodia han fijado los ojos, creyendo ver al mismo Dios, los padres, los abuelos, todos los que han nacido y muerto en la ciudad. Los nobles tienen sus escudos en lo alto de alguna capilla; el pueblo ha cubierto de exvotos los pilares de algún retablo; los artistas han aprendido en ella, y en ella han impreso su genio. La Catedral encierra las alegrías, las desventuras, las hazañas y el amor de aquel pueblo que ha construído sus casas junto á ella y como á su amparo. Por eso nunca experimenta mayor alegría que al ver las torres, volviendo al hogar después de un largo viaje; por eso oye con emoción el tañido de sus campanas al entrar en la villa, y considera todo aquello como suyo, como parte de su propia existencia, y lo defiende como se defiende la vida, no sólo la humana, sino la eterna; porque cree que el que les quitara aquel santuario les arrebataría su religión y su Dios. Se comprenderá por esto el terrible acierto de los enemigos de Martín al propalar la idea de que peligraban las alhajas del culto y los buenos padres del claustro capitular.

## IV

Martín y los suyos costearon las avenidas de la Catedral por la parte Norte, atravesando la calle del Plegadero, la del Pozo Amargo y la plazuela del Seco, buscando los barrios que caen tras el ábside de la santa iglesia, sitios donde tenía gente de confianza. Si los de aquella parte se declaraban también en defección, era inevitable el descalabro.

Otra vez renació por completo la esperanza en el alma del revolucionario, nunca rendida ni acobardada, al ver que los que allí aguardaban permanecían fieles.

—Tomar todas las calles—dijo.—Que ni una mosca entre en este barrio. Al mismo tiempo corramos por aquí al Zocodover, y si conseguimos cortarles el paso al Alcázar, la ciudad es nuestra.

Hízose todo como él mandaba; pero los que se dirigieron al Zocodover volvieron diciendo que estaba lleno de gente que gritaba: «¡Muera el francmasón, el brujo!» Era preciso



renunciar á apoderarse del Alcázar. ¿Y en realidad de qué servía? ¿Qué podían hacer ya? El pueblo estaba en contra suya, y no como una fuerza bruta, sino inspirado por un sentimiento. El fanatismo les había vencido. Martín pensó rápidamente y con angustia en todo eso, considerando cuán difícil era para él mover la masa popular al impulso de una idea, y cuán fácil para sus enemigos arrastrarla con la fuerza de un error. Aun cuando consiguiera vencer y hacerse dueño de la ciudad, ¿de qué le valía su efímero triunfo? De cualquier manera, la revolución estaba frustrada, y aquella multitud, al prestar oído á las sugestiones de los frailes, había derribado sus falsos ídolos para volver á adorar á sus verdaderos dioses.

Pero era preciso á lo menos morir destruyendo. Entregarse sin herir hubiera sido una ignominia. Martín se hizo fuerte en el barrio, y esperó con aquella tranquilidad que acompaña siempre al valor y que permite razonar la misma desesperación.

Hay tras el ábside de la Catedral un edificio vasto y sombrío, cuya puerta, de un estilo bastardo, llama la atención del viajero que discurre por aquellas soledades. No recordamos si es hoy cárcel ú hospital, pero entonces era la Inquisición, nombre fatídico que parecía transformar el edificio haciéndole más feo de lo que realmente era. En sus sótanos se pudrían multitud de seres humanos, esperando en vano el fin de un proceso que no se acababa nunca. Sus vastas crujías subterráneas ostentaban en fúnebre museo los aparatos de mortificación y tormento, quietos y mohosos desde largo tiempo, como si ellos mismos tuvieran vergüenza de haberse movido alguna vez. Aquello era más triste que todas las demás prisiones inventadas por la tiranía, porque éstas, en su silencio sepulcral, producido por la carencia absoluta de funciones judiciales dentro del mismo recinto, se parecían á la muerte, mientras aquélla se asemejaba enteramente al infierno. En lo alto, un enjambre de leguleyos antipáticos, crueles, insensibles á los dolores ajenos, vestidos con balandranes negros, y llevando impreso en su rostro el sello de la estupidez inhumana, emborronaban diariamente muchas resmas de un papel amarillo y apergaminado, con lo cual querían revestir al crimen de las santas fórmulas del derecho, y engalanaban su infame y bárbara prosa con sentencias del Evangelio, juzgando en su estulticia que se engaña á Dios tan fácilmente como se engaña á los hombres. De día, los inquisidores pululaban por las galerías de sala en sala, dándose aire de hombres que hacen alguna cosa útil, y se

sentaban en sus sillones muy convencidos de que la sociedad los necesitaba, fundándose en que les tenía miedo. No sé por qué nuestra generación se figura siempre á aquellos hombres con caras distintas de los demás de su clase y especie, y es que su triste oficio no podía menos de alterar en ellos los rasgos naturales de la fisonomía humana, haciendo en sus personas una horrenda mezcla del hombre y la fiera. Detrás de ellos se alzaba lívido, lustroso, amarillo y profanamente pintorreado de sangre el Santo Cristo, que acostumbraban asociar á sus inicuos juicios. Siempre he experimentado una sensación extraña y hasta una especie de alucinación al ver en cuadros ó dibujos el Cristo que remata la decoración de un Tribunal del Santo Oficio. Temo decirlo, no sea que parezca una irreverencia, que no lo es; pero al ver la imagen sagrada, extendiendo sus brazos sobre el madero donde expira, no puedo figurarme que está crucificado, sino que abre los brazos para dar de bofetones á sus ministros.

—¿Ha preparado usted lo que le mandé?—preguntó Martín á D. Frutos, que era uno de los más acalorados.

—Sí, aquí está: gran cantidad de pino y astillas, costales de paja, estopa empapada en resina—contestó el otro, mostrando un montón de aquellos objetos, hacinados en un zaguán.

—¡Pues fuego á la Inquisición! ¡Pegar fuego al mismo infierno! ¡Y es lástima que todas las de España no puedan inflamarse con una sola tea!

Terribles hachazos golpearon las puertas del edificio, que cayeron al fin. Muchos alguaciles y soldados fueron atropellados y muertos; penetraron en el portal y acumularon gran cantidad de combustible debajo de una escalera de pino que había junto á la puerta. Desde el patio se arrojaban á las galerías grandes manojos de estopa resinosa inflamada, y asomándose por las rejas de los sótanos se tranquilizaba á los presos, asegurándoles la libertad. Algunos de la cruz verde perecieron en aquel ataque, y Martín contemplaba con siniestro júbilo el crecer de las llamas, que, pegadas á diversos puntos, iban á reunirse formando una espiral de humo, menos negro que el alma de los inquisidores.

—¡Qué dirá el padre Corchón de este auto de fe!—exclamaba con furibunda risa.—Siento que ese canalla no esté á estas horas sentenciando una causa de *ad cautelam*.

Entretanto, la alarma, el griterío era mayor cada vez en el resto de la población. Ya se veían las llamas del aborrecido edificio, y los instigadores de la contrarrevolución aseguraban que igual suerte tendrían todos los monumentos de la ilustre ciudad. No; la única construcción sentenciada de antemano por Muriel era la que ardía en aquellos momentos.



El iluso joven salió de ella cuando ya no se podía respirar, y cuando adquirió la seguridad de que no quedaría una astilla; al llegar á la calle vió notablemente mermada su gente.

—¡Nos abandonan!—gritó Brunet con desesperación.—Dicen que eres el diablo que viene á destruir á Toledo y sus santos templos.

—¡Muerte!—gritó Martín con una furia que parecía verdadero extravío mental.—Yo les condeno á muerte.

—En la calle de la Chapinería, cuatro frailes con cubas de agua bendita rocían á diestra y siniestra.

—Que apaguen con su agua esta hoguera que hemos hecho. Yo quisiera que fuera más grande y nos consumiera á todos, vencedores y vencidos, para no ver más tanta abominación. ¡Oh, cuánto odio en este momento!

Martín estaba transfigurado, y en su palabra como en su ademán no había ni rastro de aquella tranquilidad flemática con que presidió los primeros actos del movimiento. Iluminados por la rojiza luz del incendio, los dos y cuantos les rodeaban parecían en efecto demonios, arrojados del centro de la tierra en el seno de la llama infernal.

—Aun está cerrado el paso por las calles—dijo Brunet;—aun tenemos gente muy decidida, y desafiamos sus puñales y su agua bendita.

—Sí; que rocíen, que rocíen—exclamó Martín con una carcajada estridente.

Y luego, volviéndose á los que le rodeaban, dijo:

—Idos con ellos á que os santigüen también. No os necesito para nada.

—En esta calle no ha de entrar uno vivo—dijeron algunos, cada vez más furiosos; pero otros se apartaron tras algún recodo, y desaparecieron. Cada vez se quedaban más solos.

—¡Matad, matad sin piedad!—decía Martín.—¡Cuánto odio esta noche! Ya se acercan los rociadores. ¡Ah, viles! Yo quisiera tener el Tajo en mis manos para remojaros bien... A todos os condeno á muerte... ¡Yo solo mando!... ¡Yo soy dictador, yo suprimo de un decreto tanta abominación!... ¡Y no me obedecen! ¡Matad, matad sin piedad!

Estas palabras eran pronunciadas en estado de febril indignación, que no es posible describir. Retorcía los brazos, golpeaba el suelo, se arrancaba los cabellos, emitía

con su boca contraída mil extraños sonidos, tan varios como los acentos de una tempestad. Después se volvía al incendio, y exclamaba:

—¡Benditas llamas: rociad, rociad con fuego, lavad sin cesar esta gran mancha, llevando hasta el cielo el calor de la tierra! ¡Brunet, subamos á lo alto de aquella pared que se desmorona y arrojémonos en este horno; muramos quemados para odiar más fuerte!... ¡Ven, vamos, subamos; arrojémonos á ese infierno, y hagamos auto de fe con nosotros mismos! ¿Ves esa llama que toca el cielo? Yo quiero subir con ella, quiero quemarme.

Pero Brunet, que se había alejado un poco, volvió corriendo y dijo:

—Ya están cerca: podemos huir. Por estas calles de detrás no hay un alma. Huyamos.

—Necio, ¡yo huir! Yo soy dictador, yo mando aquí. Yo les condeno á muerte. ¡Matad, matad sin cesar!

Brunet no escuchó estas razones, y ayudado de otros dos que allí quedaban, le llevó, mejor dicho, le arrastró, desapareciendo los cuatro por una calleja que costeaba el edificio incendiado. Martín, al ser llevado casi en brazos por los únicos amigos que le quedaban después de su efímero poder, gritaba siempre con voz ronca:

—¡Matad sin cesar!... ¡Yo soy dictador!... ¡Oh, cuánto odio esta noche!

## CAPÍTULO XXIX

### El dictador.

Susana, después de la partida de Muriel, quedó tan agitada, que no se encontraba bien de ningún modo, y ya recorría la habitación, ya se sentaba, ya abría la puerta para respirar el aire exterior. Tenía el presentimiento de que algo terrible iba á pasar aquella noche, y no podía contenerse dentro del reducido espacio del cuarto, donde no se oía otro rumor que la tranquila y acompasada respiración del pobre Pablillo, embebido en un sueño feliz y ajeno á cuanto pasaba en torno suyo. A veces se oía también el ronquido agudo y cadencioso de D. Lino, que dormía en la habitación inmediata con sueño tan profundo y dichoso como Pablillo. De tiempo en tiempo, pasos precipitados resonando en el pasillo indicaban la alteración impaciente del padre Matamala, que tenía costumbre de hacer ejercicios de cuerpo en los momentos de inquietud moral.



Susana no pudo resistir más tiempo su apremiante deseo de salir, deseo en el cual no había simplemente la curiosidad propia del sexo y de las circunstancias, sino también cierta vaga idea de que hacía falta en alguna parte. Dominada por este irresistible deseo llamó á Paniagua, suplicándole que se vistiera inmediatamente.

—Voy, señora condesa, voy al momento —contestó desde dentro el abate con voz de sueño. —Al instante me visto: este diablo de zapato que no parece... ¿Pero dónde está este zapato?

Esperó Susana, y un cuarto de hora después apareció Paniagua completamente vestido, aunque con alguna imperfección que indicaba la prisa. La joven sacó entonces con mucho cuidado su manto de las manos de Pablillo, se lo puso y salió, encargando á la gente de la casa que velase por el niño dormido.

—¿Adónde van ustedes? —preguntó fray Jerónimo con asombro.

—Á la calle —contestó Susana.

—¿Pero usted está loca, señora? ¡Esta noche!...

—Sí. ¿No tiene usted curiosidad de ver lo que pasa?

—Curiosidad, sí; pero es que no me atrevía á ir solo.

—Venga usted con nosotros —dijo Susana; —le escoltaremos.

—La verdad es —indicó D. Lino, —que no es muy cuerdo echarse á la calle esta noche. Parece que esa gente anda alborotada.

—Y tan alborotada —añadió Matamala. —Y ese diablo de Alifonso que está ahí agazapado, con más miedo que un monaguillo... Pero pues tenemos compañía, vamos á ver eso.

Salieron los tres, Susana tomando el brazo del abate y fray Jerónimo detrás, confiando en que si había peligro caerían primero los que iban delante.

No habían andado veinte pasos por Zocodover cuando observaron que había en las calles más gente que lo que era de esperar á aquella hora. Las mujeres salían á las ventanas, los hombres á las puertas, y se oía un rumor lejano, como de muchedumbre inquieta y bulliciosa. Cada vez era mayor el número de personas que venían de la Catedral, y cada vez más alborotadas.

Los tres paseantes nocturnos tuvieron al fin que detenerse, porque no se podía ya dar un paso. Entonces Susana prestó ansiosa atención á cuanto á su lado se decía.